



LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

LA
ESPAÑA
MALDITA

ENCLAVES TEMPLARIOS,
NIDOS DE BRUJAS,
ENTRADAS AL INFIERNO
Y OTRAS RUTAS CON MISTERIO

Luciérnaga

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

LA
ESPAÑA
MALDITA

ENCLAVES TEMPLARIOS,
NIDOS DE BRUJAS,
ENTRADAS AL INFIERNO
Y OTRAS RUTAS CON MISTERIO



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Lorenzo Fernández Bueno, 2016

© de la fotografía de cubierta: Raúl López/Getty Images

© de las fotografías del interior: Lorenzo Fernández Bueno, excepto los indicados bajo cada fotografía.

Primera edición: abril de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Luciérnaga

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-01-3

D. L. B. 1.207-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Unas letras previas	13
Capítulo 1. Fantasmas, nidos de brujas y otras anomalías	15
Los triángulos mortales	16
Para no dormir...	17
Los cortijos malditos	18
Fantasmas en el Virgen de los Reyes	21
Niños espectrales	23
El niño espectral del Ayuntamiento de Jaén	24
Otro más: el fantasma de la catedral de Jaén	26
El mercado encantado de Triana	27
Las mujeres pájaro de isla de Pedrosa	29
Cerler, el cuartel encantado	31
Trasmoz y las maldiciones	35
Contubernios, brujas y aquelarres	36
Motivos para una maldición	38
Las voces de Belchite	39
Los Rodeos, el aeropuerto maldito	43
Premoniciones	45
El barranco de Badajoz	46
Seres ígneos	47
Desapariciones	48
Los nazis y el barranco	46
El alma de Tacande	52
La pirámide de los muertos	53
Malditas desapariciones sin explicación	57
Tres días y tres noches desaparecida	58
Orrius, el bosque encantado	60

Cáceres, la casa de la muerte	62
La Santa Compañía	64
La casa del demonio	67
Sierra Espuña, un fantasma en la ventana	69
Maldito demonio	72
Los muertos del palacio de Linares	73
Aparecidos en el Reina Sofía	76
El castillo de la dama blanca	79
Otro castillo y otra dama de blanco	80
Cardona y la habitación maldita	84
El sanatorio del Moncayo	86
La casa <i>enmeigada</i>	88
El fuego de la Corona de Aragón	89
Capítulo 2. Leyendas... o no	91
La leyenda de Requena	91
Los brujos del Albayzín	94
Las tibicenas de Canarias	97
El hombre pez de Liérganes	100
La Cueva de Hércules	102
El lago encantado de Banyoles	104
Un paraíso en el infierno	105
El duende de Ladrillar	109
El mártir de Cambroncino	110
Las «pantallas» de Arrolobos	111
El «descabezado» de Rubiaco	113
La monja con patas de cabra	114
El hombre lobo de Allariz	116
La tierra del monstruo	120
La Atlántida, la leyenda perfecta	130
Capítulo 3. Pueblos malditos y entradas al infierno	135
La maldición <i>vaqueira</i>	135
Marmellar el desconocido	138
Matarraña y las cárceles del terror...	141
Ochate, clásico entre los clásicos	144

Una puerta secreta	145
Ribadelago y las aguas del apocalipsis	148
La Mussara, el paradigma	150
Una desaparición... de otra dimensión	152
Tivissa, <i>sex domiti</i> ¹⁵⁴	
Seres raros... muy raros	155
La boca del infierno	156
Las sierras de los milagros	163
Capítulo 4. Demonios, exorcismos y otros misterios más o menos eclesiásticos...	167
Para calentar, exorcismo en Zaragoza	167
El exorcismo de Iznatoraf	169
La romería de los sentidos	171
Las catacumbas de Sacromonte	172
Estigmas y prodigios	174
Un salto a Covadonga	178
Las montañas mágicas	179
Los diablos de O Corpiño	182
San Campio, porque el demonio es fuerte	184
El santo con escafandra	185
La Balma, mi favorito	186
En busca del Grial	189
Las apariciones de Monte Umbe	191
La diablesa de Orihuela	191
Otro salto a Asturias: la Santa Faz	195
Miedo en Garabandal	197
La cruz de Cristo	204
Palmar de Troya, una historia para reír	205
Capítulo 5. Ovnis... y lo que no son ovnis	211
La luz de Teba	211
La luz de Mafasca	213
El valle de Ucanca	215

El minero de Puente San Miguel	217
Los fuegos de Laroya	220
El cráter de la bahía	220
Cádiz, una puerta a otra dimensión	223
Torrejoncillo y el fuego del cielo	227
Las luces de Arjona	228
Porcieda, maldito por los ovnis	229
El candil de los muertos	231
La luz del Pardal	231
La casa de la marquesa	237
La casa de los horrores	247
Una más de ovnis	250
Capítulo 6. Historias apócrifas	259
El castro de los druidas	259
Los petroglifos de Campo Lameiro	262
Las pirámides de Güimar	263
El ídolo de Peña Tú	265
El llano de los tesoros	267
Construcciones iniciáticas	268
Los saqueadores del templo	274
Tras la pista del oro judío	276
Dentro de la catedral	278
El curandero de los pobres	282
Capítulo 7. Templarios en España	291
Castillo de Ponferrada (León)	296
El cañón del río Lobos (Soria)	300
Iglesia de la Vera Cruz (Segovia)	302
Castillo de Monzón (Aragón)	304
Caravaca de la Cruz (Murcia)	305
Castillo de San Servando (Toledo)	306
San Andrés de Teixido (A Coruña)	308
Encomienda de Adeje (Tenerife)	310
Santa María de Eunate (Navarra)	317
Campisábalos y Albendiego (Guadalajara)	318

1

FANTASMAS, NIDOS DE BRUJAS Y OTRAS
ANOMALÍAS

*El árbol se levanta sobre la tapia hundida.
El viejo campanario –la paloma que había
huyó bajo la guerra– está desierto:
Todo es la sombra.*

*El monte desolado invade el patio,
el pozo seco,
el niño destrozado por la yedra.
Alguien recuerda –Antes estuve aquí,
hoy ya no vuelvo– por los muros de adoba calcinados:*

*¿Quién ha puesto el olivo
enfrente del olivo?*

*¿Quién ha dejado sangre
enfrente de la sangre?*

*¿Quién ha traído muerte
en contra de la muerte?*

*¿Quién, en fin, ha destruido al hombre
contra el hombre?*

Sobre la casa yerta ya nadie se levanta.

JOSÉ ANTONIO LABORDETA
«BELCHITE»

Los triángulos mortales

Cuántas veces hemos oído hablar de triángulos mortales, como el celeberrimo de las Bermudas, o el del Diablo, en Japón; incluso de bosques que parecen atraer las malas energías que asustan al mismo miedo, y en los que aquellos que están hastiados de esta cosa maravillosa que es la vida deciden quitársela. Aokigahara, también en el país del sol naciente, es un buen ejemplo de ello. Tan maldito y preñado de muerte como bello es su entorno.

Sin embargo, no hace falta irnos tan lejos: en España tenemos nuestro particular triángulo maldito, una figura geométrica que marca de manera terrible y desde hace años una zona muy determinada del sur de la Península, entre tierras de Jaén y Córdoba. El delimitado entre las localidades de Alcalá la Real, Priego de Córdoba e Iznájar.

El centro neurálgico de esta tierra maldita es Alcalá, donde el asunto que vamos a tratar hace tiempo que se convirtió en incómodo. Un tabú que ha sido investigado por psicólogos, y también por expertos en los fenómenos paranormales.

De momento, es interesante prestar atención a lo que dicen las estadísticas respecto a los suicidios. En España se producen cinco muertes voluntarias por cada cien mil habitantes. Si lo llevamos a porcentajes, la media en España es del 6 por ciento de la población. Pero es que en la provincia de Jaén el porcentaje sube al 9 por ciento según estadísticas de la primera década del siglo XXI, y si nos desplazamos a los municipios de la sierra sur, donde se encuentran los llamados triángulos de la muerte, se dispara a casi el 28 por ciento.

Lógicamente son muchos los profesionales de las más diversas ciencias los que han intentado saber el porqué. De hecho, en los enclaves en los que ocurren tantas muertes se dan explicaciones diversas: desde especies de plantas y árboles de la zona que resultarían nocivas para el ser humano, pasando por la altitud del terreno en el que se ubican los pueblos, a la pura transmisión genética, en lo que el psiquiatra Antonio González denomina «lealtades invisibles».

A ese respecto, el investigador Miguel Ángel Sánchez asegura en la página llanillo.com, que es una de las más visitadas a la hora de buscar una explicación para este desconcertante tema, que «las autoridades sanitarias deberían tener en cuenta la inquietud pública sobre este asunto y aportar mayores medios técnicos y humanos para la realización de un estudio definitivo que determine, con la mayor aproximación posible, las causas de este problema. Conviene romper cuanto antes el círculo vicioso e invisible que lleva a muchas personas a un futuro trágico y alimentarlo en la esperanza de que el suicidio es la peor opción y que todo se soluciona menos la muerte».

Evidentemente, hay una cuarta explicación que apenas si se susurra, y en la que hasta hace no mucho tiempo, y seguramente también ahora, se creía con espanto: la aparición de espectros del más allá que llevan a los futuros suicidas a cometer esos terribles actos. Parece ficción, parte de cuentos que se relatan al calor del fuego, pero lo interesante del asunto es que la mayoría de las muertes se han producido en el interior de dichos triángulos, y en cortijos muy apartados con historias extraordinariamente tenebrosas detrás.

Para no dormir...

El investigador Paco Bermúdez, en su libro *El triángulo de la muerte*, entrevistó sobre este tema a Antonio Jiménez, enterrador de Priego de Córdoba, uno de los vértices del triángulo cordobés, y éste le aseguró que hay «un triángulo maldito en esta zona, está claro. Eso lo llevo oyendo desde que era un niño, y ahora tengo sesenta y un años. No sé por qué será, pero está claro que algo raro pasa. Hace unos años yo también estuve a punto de hacerlo. Me metí llorando dentro de un nicho con una escopeta. Gracias a Dios ya pasó todo. Yo entierro todos los años a unas diez personas que se han colgado o se han pegado un tiro. Sin ir más lejos, la semana pasada enterré al último, un viejo que se colgó. Pero no son sólo viejos los que se cuelgan; también lo hacen personas de treinta años y hombres igual que mujeres».

Evidentemente, en estos años de sepulturero Antonio ha vivido anécdotas tan curiosas como ésta que narraba al citado Paco Bermúdez: «Hace treinta años llegó al cementerio un hombre de mediana edad y, como tantos otros, llevó flores a las tumbas de sus familiares. El antiguo capellán de la zona le preguntó si se encontraba bien, puesto que hacía mucho frío y llevaba allí unas horas “hablando” con sus difuntos. El extraño personaje le contestó que se estaba despidiendo. El capellán lo dejó seguir con ello y se fue a atender a otras personas que se encontraban en el camposanto, no sin antes oír una frase del individuo que, dirigiéndose a las tumbas, decía: “¡Ahora nos vemos. Ya voy!”. Al cabo de unos diez minutos se oyó un disparo. Encontraron al hombre tendido sobre la losa de mármol con un tiro en la cabeza. El suicida había colocado instantes antes su chaqueta a modo de almohada y depositado una cubeta bajo la cañería de la losa para recoger la sangre. Después se tumbó, se introdujo la pistola en la boca y disparó. No murió en el acto. Falleció días después en el hospital. Quienes fueron a visitarlo mencionaron que el extraño personaje los había citado al día siguiente mediante una carta para que acudieran a su entierro, puesto que se iba a matar».

Los cortijos malditos

Muy cerca de las cortijadas de la Carrasca y la Lastra, en la provincia de Córdoba, encontramos la primera leyenda que serviría para explicar lo que allí se ha producido: decenas de suicidios que no tienen explicación, si acudimos a la siempre fría estadística.

Allí se habla del «hombre de las uñas», un anciano encorvado de larga melena que permanece sentado observando al aterrado testigo y cuya característica principal, como es de suponer, es el tamaño desproporcionado de sus uñas. Pues bien, en la aldea de Silera, no muy lejos de las anteriores, vivía el siguiente testigo al que Bermúdez, en una labor de campo verdaderamente encomiable, entrevistó; y éste le relató que en una ocasión se encon-

traba cerca de una de las casas, ya entrada la noche, y «de repente volví la vista hacia el cortijo que había dejado atrás y vi esa cosa. ¡Por poco me muero de miedo! Estaba sentado sobre las piedras del cortijo. No era muy alto y tenía unas uñas enormes, grandes y enroscadas hacia dentro. Parecía muy anciano y no tenía pelo por arriba, pero por detrás de la cabeza le asomaba una melena muy grande. Me acerqué porque supuse que era una persona mayor que estaba perdida o necesitaba algo. Aquí nos conocemos todos y nunca lo había visto. Al acercarme, ese hombre se levantó y me hizo un gesto con la mano como para indicarme que me fuera. Le pregunté si necesitaba algo o si quería que lo bajase en un mulo al pueblo, y me respondió con un bufido, muy grave y muy fuerte, casi como si chillara. Entonces se levantó y empezó a venir hacia mí. Yo, por impulso, empecé a correr, y él siguió detrás. Los mulos empezaron a encabritarse y no los podía controlar. Los solté y seguí corriendo. Calculo que estuvo como un cuarto de hora persiguiéndome entre los olivos. Cuando me calmé lo suficiente, volví a por los dos mulos y me fui de allí como alma que lleva el diablo. Nunca he vuelto a pasar a esas horas por ahí».

Al parecer, el siniestro personaje se aparece a los vivos para invitarlos a que se quiten la vida. Algo que también hacen, siempre según los testigos, los familiares fallecidos, que se manifiestan a los vivos para pedirles algo tan siniestro como es que vayan con ellos.

Evidentemente la enorme cantidad de muertes tendrá otra explicación, pero ésta es una de las que más predicamento tuvo tiempo atrás para dar con la clave de por qué los habitantes de estas aldeas mostraban esa incomprensible tendencia a quitarse la vida.

Cuentan también las crónicas que una de las muertes con mayor repercusión la llevó a cabo una madre que habitaba cerca del río Salado, que es un afluente del Genil, que a su vez es afluente del Guadalquivir. Pues bien, ésta, después de descerrajarle un tiro en la sien a su niño pequeño, anudó una cuerda, y en una escena que aquí se ha repetido decenas de veces, la izó sobre una viga de madera, se la echó al cuello y, al grito de «espérame, que ya voy», se ahorcó.

Ahora bien, si hay dos cortijos especialmente proclives a que en ellos se produzcan este tipo de muertes, son el de Los Asombros y el de Los Catorce. El primero fue bautizado con ese nombre tan sonoro porque a principios del siglo XX, que es cuando fue levantado, así es como eran conocidas las apariciones espectrales. En este lugar, cercano a la localidad de Priego de Córdoba, se ahorcaron sus primeros dueños de un árbol con las ramas retorcidas, que hoy día da sombra a las pocas ruinas que quedan de esa casa, durante décadas considerada maldita. ¿Por qué? Bueno, hay que decir que antes de la guerra se pensaba que el lugar estaba habitado por un «martinico», que es un duende muy feo que se dedicaba a mover las cosas de sitio, a lanzar con violencia objetos de todo tipo, a gritar en mitad de la noche, a dar golpes y a susurrar a los oídos de aquellos sumidos en un profundo sueño para llevarlos a brazos de la muerte.

También se habla de la presencia de varias niñas fantasmales que corretean por el campo, parándose justo al lado del árbol en el que supuestamente se han ahorcado varias personas que habitaban el cortijo. Incluso las crónicas aseguran que los sucesos llegaron a tal extremo que se requirió la presencia de un exorcista, que fue allí e hizo su trabajo, lo que no evitó que los fenómenos siguieran produciéndose.

Es tal el pavor que todavía hoy provoca la historia del cortijo de Los Asombros, que los vecinos de las poblaciones cercanas evitan pasar por el lugar, por si las moscas...

Otro de los más mencionados, cuando hablamos de estadísticas de suicidios y fenómenos extraños, es el cortijo de Los Catorce. Lo interesante nos lo desvela su propio nombre, ya que se llama así porque en el interior del mismo se suicidaron los catorce miembros de una misma familia, uno detrás de otro, como si se tratase de un tétrico cortejo.

Los testimonios recabados por la zona aseguran que esto sucedió porque se fueron llamando unos a otros. Al parecer, el primero en quitarse la vida fue el patriarca de la familia, que se ahorcó colgándose de una viga de madera. Días después se empezó a aparecer –eso dice al menos la crónica, que a buen seguro está bien trufada de leyenda–. Aquel que recibió la tétrica llama-

da desde el más allá fue su propio hijo pequeño, que se colgó días después de la misma viga. No tardó en aparecerse el pequeño reclamando la presencia de otro familiar... y así hasta un total de catorce.

Hoy la silueta del cortijo de Los Catorce se recorta en las alturas de un monte, día tras día y noche tras noche, como una especie de faro que atrae a quienes buscan consuelo en el más allá.

Terrible, ¿verdad?

Fantasmas en el Virgen de los Reyes

Hay que decir que este edificio se encuentra situado a unos 50 metros del antiguo hospital de las Cinco Llagas, en Sevilla –hoy Parlamento andaluz–. Fue reconstruido en 1958 por el arquitecto municipal Antonio Delgado Roig, y su configuración consiste en diversas alas en torno a un patio central presidido por la antigua capilla. En su ya dilatada historia sirvió de anexo al citado hospital de las Cinco Llagas, como orfanato y actualmente como sede de diversos estamentos públicos, tanto de la Junta de Andalucía como del Ayuntamiento de Sevilla.

Gracias a las labores de investigación de dos buenos amigos, los sevillanos José Manuel García Bautista y David Flores, hemos podido saber que los testigos aseguran que se están produciendo fenómenos extraños bastante llamativos. Fenómenos que no sólo pertenecen a esta época, sino que ya se producían cuando, en la primera mitad del siglo XX, albergaba a niños huérfanos.

Los testigos, entre otras muchas cosas, refieren la presencia de un niño pequeño, aparentemente espectral, y de una monja que camina ajena a cuanto la rodea por los pasillos del edificio.

Hay que decir que todo tomó mayor relevancia cuando en la zona del coro de la vieja capilla, tras una serie de incidentes menores –mal funcionamiento de luces, audición de risas de niños en la zona alta, o extraños susurros–, se observó a una monja contemplando el desarrollo de las clases de baile que allí se habían impartido. De aspecto severo, vestida de celeste y con cofia

blanca. Además, aquel día las lámparas se movían como un péndulo, como si las empujasen unas manos invisibles.

Conviene señalar que esas lámparas se encuentran a más de seis metros de altura y no existen corrientes de aire.

Los testigos, algunos de ellos trabajadores del lugar, también afirman haber oído golpes en la antigua sacristía, como si todos los objetos, sillas y demás materiales que allí se guardaban se derrumbaran cual castillo de naipes. Y sin embargo, al abrir la puerta, todo estaba en su sitio. Pues bien, buscando las causas de este asunto, ambos investigadores lograron localizar a una señora llamada Luz Esperanza. Hay que decir que a la edad de tres años sus padres decidieron dejarla, a ella y a sus dos hermanos, en el hospicio Virgen de los Reyes. Como ella misma contaba, fue una privilegiada en aquel entonces, pues los niños de su edad eran llevados a la Casa Cuna y los separaban de sus hermanos, cosa que en este caso no ocurrió. Pronto podría comprobar lo estricta que era la vida entre aquellos muros, donde los rezos y unos horarios muy rígidos era la tónica común. La testigo confirmó a nuestros compañeros que entre los nueve y los doce años subía con sus amigas a un lavadero situado en las plantas superiores del hospicio. Allí, escondidas de las monjas, observaban una especie de «nubes de vapor» que paseaban de un lugar a otro y que les daban mucho miedo, por lo que corrían a avisar a las religiosas y les contaban lo que habían contemplado. Y éstas, para su sorpresa, les decían que eran «ánimas benditas que vivían allí y que no abandonarían el lugar».

En otras ocasiones, cuando estaba junto a sus compañeras en los bancos del hospicio sentían «como si alguien las agarrara del cabello y tirara de ellas». Recordaba sobrecogida que, a veces, cuando se disponían a bajar por las escaleras de mármol, «una mano pequeña y gélida se posaba en sus espaldas y las empujaba con la intención de hacerlas caer, teniéndose que agarrar muchas veces del pasamanos para no perder el equilibrio». Tanto Luz como otros antiguos internos entrevistados nos hablan también de un ser espectral que provocaba el terror entre los niños. Cuentan que una monja «se paseaba durante las noches por los dormitorios, que se encontraban divididos

en habitaciones de veinticinco camas. Esta monja, a quien muchos de ellos reconocerían como sor María, una antigua superiora del hospicio y que se encargaba de las funciones de portera, parecía vigilar durante las madrugadas que ninguno de ellos estuviera fuera de su cama».

La cuestión es que sor María existió, y era una mujer muy mayor que permanecía sentada nada más entrar al edificio a la izquierda, vigilando la entrada y al cuidado de toda la documentación que se custodiaba en el archivo situado justo enfrente de la portería.

Niños espectrales

¿Sucedo? Al parecer sí. O al menos eso refieren los testigos: pequeños vestidos de comunión, niños que surgen de la nada recorriendo los pasillos de determinados edificios, ajenos a la mirada de terror de quienes los observan, y en todas las ocasiones ligados a la pasada historia oscura de los lugares donde se manifiestan.

A principios de 2015 surgió la noticia: en un centro de salud de Córdoba se estaban produciendo fenómenos extraños. Los trabajadores del CS Castilla del Pino de Córdoba, que fue inaugurado el verano de 2013, al parecer estaban siendo partícipes de unas experiencias verdaderamente extrañas.

Y es que una decena de empleados, tal y como refería el diario *ABC* de Andalucía, afirmaban que en el lugar se estaban produciendo fenómenos extraños que, al menos en ese momento, tenían difícil explicación. Porque a los ya habituales golpes, bajadas bruscas de temperatura o supuestos lamentos, se unía la aparición de dos presencias que, sinceramente, si eran tal y como las describían los testigos, era para salir corriendo en dirección contraria.

Se trataba de una niña pequeña que vagaba por los pasillos del centro como si estuviese buscando algo o a alguien. Y también de una anciana que se lamentaba, caminando entre sollozos.

El primero que dio la voz de alarma fue un técnico de mantenimiento llamado David. Todo empezó cuando llevaba a cabo

una prueba de legionela y empezó a percibir, cada vez más cerca, los murmullos de alguien extraño que se le iba aproximando. Fue entonces cuando, atraído por los misteriosos susurros, descorrió una de las cortinas que más cerca tenía y descubrió que tras la misma había una pequeña vestida con un camisón.

El muchacho se quedó helado y salió de la estancia para buscar ayuda, pero cuando regresaron la niña ya no estaba. Pues bien, esta, llamémosle así, aparición, se ha manifestado en más de una ocasión, e incluso ha llegado a interactuar con los testigos, gritándoles, al parecer, que la sacaran de allí.

Con todos estos antecedentes, hasta allí se desplazaron varios investigadores ya veteranos, como el catedrático José Luis Hermida, el psicólogo Francisco Gallardo y el investigador José Ortiz, y aseguraron que en todos sus años de investigación nunca se habían encontrado un suceso «de este calado» en Córdoba.

El propio Hermida declaró a los medios que «es habitual que los grifos se abran solos en la zona de quirófanos, que surjan de repente corrientes de aire inesperadas, o que se perciban fuertes portazos en la zona donde se encuentran las instalaciones de seguridad».

Para el psicólogo del grupo, los testigos no mentían. Otra cosa es que estuviesen interpretando a su modo los sucesos que allí se producían. Pero en cualquier caso estaban diciendo la verdad.

Éste es sólo un caso más. Sí, porque hay otros...

El niño espectral del Ayuntamiento de Jaén

15 de septiembre de 2012, *Diario Jaén*. El redactor Rafael Abolafia se hacía eco de una noticia que, si bien es cierto que no sorprendió demasiado a los habitantes de la capital jienense, sí llamó la atención por la personalidad de los protagonistas.

Todo había ocurrido días antes, a finales de agosto, cuando el ayuntamiento de la localidad estaba regido por el concejal de urbanismo Francisco J. Márquez, que por esas fechas ejercía de alcalde en funciones. Y así se lo narró el propio Márquez al pe-

riodista, imagino que ante su más que notable sorpresa: «Estábamos charlando de diferentes temas y salió en la conversación un suceso que tuvo lugar estando él en la alcaldía... Se hallaba sentado en el despacho cuando se personaron dos agentes que decían que iban a investigar la supuesta presencia de una aparición, un espíritu, del cual había informado una limpiadora del edificio. Él se quedó sorprendido, pues no lo habían informado de nada, y dejó que los agentes recorrieran las instalaciones realizando su labor». Sus palabras, extraídas de una magnífica entrevista realizada por el reconocido investigador sevillano José Manuel García para *Canal Sur*, evidenciaban que no se trataba de una broma; los implicados en el caso eran gente lo suficientemente solvente como para pensar que ese día, y en ese pasillo, ocurrió algo extraño.

La noticia de la pequeña –«silueta diminuta y transparente, ataviada con un traje de primera comunión que se pasea por los pasillos de la casa de todos»– que deambulaba por las estancias de este edificio de finales del siglo XIX, antiguo palacio de Montemar, no tardó en llegar a las redacciones de los medios nacionales, y fueron muchos los que por aquellos días se acercaron a la capital del Santo Reino para determinar lo que estaba ocurriendo. Incluso el propio alcalde en funciones hizo sus pesquisas, intentando saber qué había detrás del curioso fenómeno. Y fue entonces cuando conoció de primera mano que los trabajadores del lugar, especialmente los más veteranos, ya hablaban de las misteriosas apariciones de un niño, no sólo en el ayuntamiento, sino también en la catedral que se encuentra enfrente del consistorio.

Ahora bien, ¿qué se encontró la policía al acudir a la llamada de auxilio de la empleada? El propio Bautista entró en contacto con la Jefatura de la Policía Local de Jaén, que afirmaba en primer lugar que «no se tenía constancia de ninguna investigación oficial abierta en las dependencias municipales por el motivo consultado», y segundo, que «un coche se acercó allí porque había alguien de los servicios de limpieza con un ataque de pánico que había visto a un niño vestido de primera comunión por un pasillo y en una de las salas y llamó a la policía, pero no se abrió ningún parte al respecto; acudieron al lugar más que nada para calmar los ánimos y por curiosidad». Fue el miedo, el no saber

cómo reaccionar ante un suceso de estas características que seguramente rompe en mil pedazos los esquemas de cualquier persona, lo que provocó, tal y como afirmarían poco después varios familiares de la señora de la limpieza, que la mujer no quisiese ni tan siquiera «hablar del tema del fantasma. Sólo nombrarle aquel día se pone muy nerviosa. Era por la tarde y ella estaba en una de las salas del ayuntamiento cuando le pareció ver pasar a un niño; bueno, es de ese tipo de visiones que te parece percibir con el rabillo del ojo y a las que no prestas atención. Salió para fuera y oyó pasos en el pasillo. Al volverse, lo que vio fue un niño de unos ocho años, pálido, de un metro y poco, peinado antiguo y vestido de primera comunión. Ella se quedó helada y luego tuvo un ataque de nervios. Teniendo el teléfono a mano, lo que hizo fue llamar a la policía local para que fueran para allá...».

Y ahí quedó el asunto... o no.

Otro más: el fantasma de la catedral de Jaén

El suceso dio comienzo en el año 1993. Un conocido trabajador e investigador del templo comentó: «Me dirigía a la capilla de la Virgen de las Angustias y de repente se me cruzó, en dirección al museo, un niño corriendo que estaba riéndose y cuyos pasos no hacían el menor ruido... Era pequeño, de unos seis u ocho años, iba muy limpio, con unos pantalones cortos, botas y calcetines hasta las rodillas; la camisa era blanca y me dio la impresión de que era rubio. Corrí tras él y se metió en la antesacristía, un espacio que tenía cerradas las dos puertas interiores –sacristía y cripta– y por tanto no podía ocultarse en lugar alguno. Allí no había ni rastro del niño». Manuel Ramírez nos lo describe como un crío vestido a la moda de los años treinta, «algo que desprendía pureza, dulzura...». Manuel, al igual que el resto de los testigos, continúa haciéndose las mismas preguntas: ¿Quién era? ¿De dónde salió, puesto que él había abierto el templo? ¿Por qué no se le oía correr? y, sobre todo, ¿cómo se esfumó ante sus propias narices...? El joven fue visto por cuatro personas diferentes en el transcurso de un año.

En 1996, «un día de invierno» –precisa uno de los testigos–, dos estudiantes de Humanidades se encontraban en la cripta-museo de la catedral realizando un trabajo sobre su riqueza artística: «Sentíamos unos extraños soplos o corrientes de aire frío en el cogote, pero aquí –en teoría– no puede correr el aire. Oímos al pasar junto a un gran libro coral un ruido en el suelo, y vimos que el cartel que estaba sobre él unos segundos antes, ahora se encontraba en el suelo, sobre las losas, a unos 2,25 metros de su ubicación anterior. Extrañados, pero sin asustarnos demasiado, lo volvimos a colocar en su sitio, pero al entrar en la sala del fondo nos quedamos atónitos al oír el mismo ruido y comprobar que el cartel estaba de nuevo en el suelo, en el mismo lugar de antes». Estos chicos, ambos de veinte años, obtuvieron posteriormente una grabación psicofónica en la cripta, de dos horas de duración, en la que –con todo herméticamente cerrado– apreciaron «ruidos indefinibles y voces muy finas y alargadas». Es conocido por investigadores y curiosos que este lugar fue panteón para prebendados, y en él permaneció hasta años antes a la guerra civil, expuesto en una urna, el cadáver de don Francisco Ventura de Camba, que se conservaba «entero y flexible». Ardió al parecer de forma accidental debido a la imprudencia de un visitante, y desde entonces se habla del «espíritu de la momia de la catedral».

El mercado encantado de Triana

¡Qué lugar! Son varias las ocasiones que he recorrido este enclave, tan alegre de día como tenebroso una vez caída la noche. Y es que quienes compren alimentos o tapean felices en la planta que se abre a la calle Castilla no conocen que bajo sus pies se oculta una de esas historias que jamás debería haberse producido. Los cimientos del célebre mercado están nutridos de sufrimiento, de dolor y de muerte, de esa que se agarra con fuerza a la piedra y que en ocasiones, cuando pulsamos el resorte inadecuado de manera inconsciente, parece manifestarse para que no olvidemos, para que seamos conscientes de que historias como ésta no se han de volver a producir.